

pasajeros que permanecen en Juan Fernández, sigan el corredor marcado con flechas amarillas y esperen en el salón del fondo. Gracias.

ROBINSON.—¿Ves, Viernes? ¡Qué organización! Antes había toda clase de confusiones en los aeropuertos, y yo me acuerdo muy bien de que...

ALTAVOZ.—Atención, pasajeros con destinación a Buenos Aires. Al final del corredor marcado con flechas verdes, deberán dividirse en dos grupos, las damas a la izquierda y los caballeros a la derecha; los menores de edad permanecerán con su padre o su madre según prefieran. Las damas entrarán en la sala marcada con D, y los caballeros en la marcada C. Atención, pasajeros con destinación a Quito. Cuando hayan llegado al final del...

ROBINSON.—Es extraordinario, realmente. ¿Te das cuenta, Viernes de que aquí se ha eliminado toda posibilidad de error?

VIERNES.—Me basta con que tú lo digas, amo (*risita*).

ROBINSON.—Esa cuestión de tu tic nervioso... En fin, ahí está el salón que nos anunciaron; supongo que las autoridades me estarán esperando para darme la bienvenida.

ALTAVOZ.—Los pasajeros que permanecen en Juan Fernández pasarán las formalidades de policía y aduanas en las ventanillas uno a diez, con arreglo a la inicial de sus apellidos. Se ruega al señor Robinson Crusoe dirigirse a la puerta marcada «Oficial».

ROBINSON.—¡Ah, perfecto, perfecto! Ahora verás, Viernes, que...

FUNCIONARIA.—¿Señor Crusoe? Mucho gusto. Pase por aquí.

ROBINSON.—Viajo con mi...

FUNCIONARIA.—Su secretario irá a la ventanilla V. Pase, por favor.

ROBINSON.—Pero es que nosotros...

VIERNES.—No te preocupes, amo (*risita*), ya nos encontraremos en alguna parte, yo me ocupo de las maletas.

FUNCIONARIA.—Señor Crusoe, lo he hecho llamar aparte porque el gobierno de Juan Fernández quisiera evitarle toda dificultad durante su estancia en la isla.

ROBINSON.—¿Dificultad? Yo esperaba que...

FUNCIONARIA.—Sabíamos de su llegada, y haremos lo posible para que su visita sea agradable. Como usted sabe, nuestras relaciones con su país no están precisamente cortadas pero sí en una situación crítica, de modo que mi gobierno se excusa de no recibirlo públicamente. Trataremos de facilitarle todo lo que usted desee, en la medida de nuestras posibilidades, pero preferiríamos que usted se mantenga lo más alejado posible...

ROBINSON.—¿Alejado?

FUNCIONARIA.—... de contactos inútiles con el exterior, quiero decir con el público en general, la gente de la calle y de los cafés.

ROBINSON.—Pero yo...

FUNCIONARIA.—De aquí lo llevarán directamente al hotel, y el gerente tiene instrucciones para darle una habitación lo más aislada posible, incluso con un ascensor especial; usted sabe, el gobierno tiene siempre preparados ciertos ambientes especiales para los huéspedes distinguidos, a fin de sustraerlos a los contactos innecesarios.

ROBINSON.—(*En un murmullo.*) Innecesarios...

FUNCIONARIA.—Si quiere usted asistir a la ópera, el gerente se ocupará de obtenerle el billete; lo mismo si quiere visitar el casino o algún museo. En cuanto al interior del país, me temo que esta vez será imposible que salga usted de la capital. Es mi deber señalarle que el sentimiento antibritánico es muy intenso en estos momentos.

ROBINSON.—Pero yo creía que Juan Fernández...

FUNCIONARIA.—Oh, no se trata solamente de un antagonismo hacia su país, sino de alguna manera un antagonismo general.

ROBINSON.—(*Explotando.*) ¿Un sentimiento que va también contra el propio gobierno? (*Silencio prolongado.*) Perdóneme, señora, no quisiera inmiscuirme en... pero realmente esta situación me toma de tal modo de sorpresa...

FUNCIONARIA.—Juan Fernández no es una colonia, señor Crusoe, y somos perfectamente dueños de nuestros sentimientos. Como comprenderá, no podíamos negarnos a su visita, puesto que usted ha vivido en nuestra isla y le ha dado un prestigio mundial, pero acaso no le extrañará saber que desde hace tiempo no permitimos la entrada a ningún extranjero. Como excepción honorable, no dudo de que estará dispuesto a facilitarnos la tarea de protegerlo.

ROBINSON.—(*Como para sí mismo.*) Sí, desde luego, pero yo venía para...

FUNCIONARIA.—(*Casi secamente.*) Al fin y al cabo usted tuvo poca oportunidad de mantener contactos en su visita anterior. Bastará con que lo recuerde, y todo saldrá bien. (*Con mayor calidez.*) Sé que no le doy buenas noticias, señor Crusoe, y si de mí dependiera cambiar aunque sólo fuese un poco esta situación, créame que lo haría.

ROBINSON.—¿Si dependiera de usted? Oh, sí, me gustaría tanto hablar con usted, conocerla mejor... Me resulta difícil aceptar esta situación... No sé, tengo la sensación de que usted me comprende, y que al margen de su deber...

FUNCIONARIA.—Sí, claro que lo comprendo, y si se presenta la oportunidad tendré mucho gusto en hablar de nuevo con usted. Me llamo Nora. Mi marido es el jefe de policía.

ROBINSON.—Ah.

FUNCIONARIA.—Por supuesto, conozco su libro, es un libro que todo el mundo ha leído aquí. A veces me pregunto por qué, ya que se refiere a un Juan Fernández muy diferente. A menos que...

ROBINSON.—¿A menos que... no sea tan diferente?

FUNCIONARIA.—(*Con su voz oficial.*) Lo dejaremos para otra vez, señor Crusoe. Este señor lo espera para llevarlo a la sala de equipajes donde también lo espera su... secretario. Buenas tardes, y feliz estancia en Juan Fernández.

ROBINSON.—(*Para sí.*) A menos que no sea tan diferente... A menos que... Pero no puede ser, yo vi el rascacielos allí donde se alzaba mi cabaña, yo vi las carreteras, los yates en la rada...

FUNCIONARIA.—Cuando usted quiera, señor Crusoe. Por aquí.

*Ruidos de pasillos, de altavoces dando instrucciones.*

ROBINSON.—¡Viernes!